

UNA NOVELA SOBRE CUATRO HERMANAS  
UNIDAS POR LA MAGIA Y EL AMOR

# LAS ALUMBRADAS



VANESSA  
HERNÁNDEZ

Grijalbo

# Capítulo

## 1



Aunque Lena era feliz, realmente feliz, aquella mañana parada en lo alto de uno de los cerros que bordeaban la hacienda, extendió la mirada más allá del conocido páramo y deseó, como solo una bruja puede hacerlo, que le pasara todo.

Todavía la Revolución era un sueño lejano para el observador de aquel caos incipiente que tomaba forma primero en la promesa de una modernidad necesaria que elevaría al país al pináculo merecido. El polvo y la sangre de años anteriores que persistían sobre el suelo se limpiaban constantemente y en el caso de no lograr su extinción, se minimizaban anteponiendo otras prioridades. Las creencias que imperaban entre los mexicanos y que habían domesticado a la mayor parte de la población eran otra forma de sosiego ante cualquier amenaza de sublevación rural. Aun así, debajo de la mesa más sofisticada y en la silla vacía de la casa más pobre había una verdad que ni toda la fe amontonada podía ocultar: al país se lo estaba llevando la chingada por una u otra cosa.

Esta historia empezó con el deseo de una mujer y el amor que creció en ella por la tierra donde nació. La suerte quiso que Lena naciera bajo el sol de Guerrero, probablemente uno de los estados más calientes de todo el país. Cualquiera que hubiera visitado, por voluntad o mero accidente, aquella tierra, habría constatado el carbón ardiente que bajo sus pies se movía, sobre su cabeza, después frente a sus ojos y finalmente dentro de ellos. El sol de Guerrero, pero en especial el sol de Acapulco, era un incendio, el sol mismo

naciendo desde otra dirección. Arder en tierra sureña era voluntad y meta. Lena, por el contrario, rara vez sudaba en comparación con sus hermanas que, incluso viviendo desde su gestación bajo aquella tierra, soportaban menos de un par de minutos bajo el sol antes de comenzar a expulsar gruesas gotas de sudor por todos los poros de sus cuerpos.

Si el tiempo en las principales capitales del país se movía con rapidez, se diría que incluso con ganas de adelantar los eventos que harían la historia, no ocurría igual en Las alumbradas, donde cada acto que se gestaba dentro de la hacienda y en sus alrededores tenía la cualidad de sacudir solo las vidas de quienes lo testificaran; así ocurría salvo con la ausencia de mujeres Fernández, suceso en suma relevante que llegó a convertirse en motivo de especulación. Así podía constatarlo don Ismael, quien sabía la historia de las cinco generaciones que lo precedían. A pesar del fecundo árbol genealógico de la familia Fernández, ninguno de aquellos antepasados había nacido bajo el techo de Las alumbradas. Solo hasta que don Ismael se casó con Micaela y tuvieron a su primera hija, la hacienda recibió en sus márgenes el primer nacimiento de una Fernández. La llegada de aquella niña provocó el surgimiento de un fenómeno que otorgaría, desde aquel primer nacimiento y a todos los que ocurrieran dentro de las paredes de la hacienda, la herencia de diversos dones.

En Las alumbradas los indios e indias mexicanos vivían una existencia de consideración y afecto comandado en primera instancia por el propio don Ismael. Aunque no todos los hombres y mujeres trabajaban dentro de la propiedad, la mayoría se encontraba sujeta a ella por algún motivo. El respeto y aprecio que don Ismael sentía por la tierra que había sido de sus padres y antes de sus abuelos lo hacía querer consecuentemente a los indios e indias que habían hecho del páramo circulante a la hacienda su hogar. A diferencia de otros empleadores que abusaban elocuentemente de sus trabajadores, don Ismael pagaba con justicia las horas que estos trabajaban la tierra e incluso los animaba a hacerse con las suyas prestando su nombre en caso de que por su origen les fueran negadas. Como agradecimien-

to, los indios trabajaban con placer las tierras en donde no eran vistos como mano de obra prescindible y sus nombres, por complejos que fueran, merecían ser evocados con el mismo respeto que aquellos de origen español. Las indias, por su parte, compartían con las hijas de don Ismael sus talentos más privados. La cocina, la medicina tradicional, e incluso las artes que el ojo no podía explicarse, fueron algunas de las bondades que las indias volvieron materias de primer orden al lado de habilidades menos fecundas pero más solicitadas como el punto de cruz o el preparado de turrón.

De todas las hijas de don Ismael fue Lena quien mostró mayor comprensión en las artes cósmicas y terrenales que las indias infundían en las hermanas. Pronto la precocidad de Lena le permitiría poner en práctica lo aprendido cuando durante el quinto embarazo de su madre esta sintiera más dolor del que una mujer por parir podría esperar. Pasaba del mediodía cuando Micaela comenzó a padecer los dolores habituales de parto. Para su mala suerte, desde la noche anterior había comenzado el torrencial más largo del que se tenía memoria y el cual no se detendría ni al día siguiente, ni durante las próximas dos semanas.

Los que recuerdan aquellos días dicen que antes de caer la primera gota vieron cómo en el cielo se dibujó con nubes una enorme serpiente de lluvia. El pueblo, que creía en lo visible y en especial en lo que no tenía forma física pero podía percibirse y entenderse con otros ojos, predijo que la serpiente en el cielo devorando el horizonte de la noche no era otra cosa que el anuncio de una catástrofe que caería sobre Las alumbradas.

Ni las indias más experimentadas, ni el doctor que alguien logró traer desde el pueblo más cercano, lograban calmar los dolores de parto de Micaela, que pasaron de escucharse solo en algunas habitaciones de la propiedad, hasta abarcar los alrededores y más allá de los cerros circundantes de Las alumbradas. Entonces, ante la vista de todos, Lena bajó a la cocina, tomó las tijeras de costura que solían guardarse en uno de los cajones de la alacena y subió de regreso a la recámara de su madre. Luego, y sin saber cómo una niña de

ocho años era capaz de girar el cuerpo de una parturienta, la vieron deslizar bajo el colchón de su madre las tijeras previamente abiertas.

El dolor que hacía algunas horas Micaela apenas había soportado se interrumpió al instante permitiendo, bajo aquel episodio de calma, la llegada de la quinta hija de don Ismael. Milena llegó al mundo acompañada por una corriente de sangre y vísceras que parecían, por su tremenda cantidad, provenir de al menos cinco mujeres y no solo de aquel cuerpo menudo de menos de un metro sesenta. Poco tiempo después se sabría que el dolor sufrido por Micaela había anticipado una muerte sobre la que ningún remedio humano o divino tendría potestad. Mientras tanto, y mucho antes de sufrir la pérdida de su esposa, don Ismael celebró con alegría el nacimiento de otra hija más. Al contrario de otros hombres que se deslindan de la educación y crianza de sus hijas, don Ismael disfrutaba ocuparse de ellas y participar activamente en la crianza de cada una. Durante años las generaciones de los Fernández habían sido lideradas por hombres y ninguna mujer. La ausencia de hijas había llevado a creer que los Fernández estaban pagando alguna suerte de pecado dada la poca religiosidad con que impregnaban sus existencias al negarse a participar en las fiestas patronales que se celebraban en otras comunidades. Los más maliciosos habían jurado que antes de que naciera la primera mujer Fernández la familia de hombres terminaría extinta por algún pecado. Había quien apostaba el aniquilamiento por causa de una futura mujer que llevaría a la familia Fernández a la locura o matanza como en la historia de Caín y Abel.

Quizá porque mucho se promovió el odio parental o porque el destino responde al llamado, más por diversión que por perversión, fue que nació cuarenta años atrás Virgilio Fernández. La presencia del joven terminó enloqueciendo por su belleza, más que a las mujeres, a los hombres que tanto hablaron de la carencia de mujeres Fernández. Bastaba con que Virgilio visitara los alrededores para que su olor natural embriagara a quien tuviera el infortunio de encontrarse a una distancia corta. Caporales, capataces de mano dura, revoltosos de mecha corta, todos sin pedir tregua caían ante el encanto

de Virgilio que ni siquiera buscaba el enamoramiento comunitario ni la justicia para los hermanos, tíos o abuelos vejados. Hubo quien se apersonó en Las alumbradas y pidió audiencia con el apuesto Virgilio solo para ser rechazado y buscar algún afecto súbito que padeciera el mismo desamor que procura el desprecio. La historia del efebo Fernández terminó ilustrando el daño que provocan las habladurías para quien las propagaba. Del final de sus pasos nadie logra dar suficientes pruebas, hubo quien juró haberlo visto volar de regreso al cielo, y quien lo vio enterrarse en el hueco más caliente de la tierra para sentarse al lado del de dos cuernos. La verdad resultó más simple. Virgilio el apuesto terminó perdiendo la belleza con el paso de los años del modo más honroso posible, sin apenas preocuparse, sin prestarle más atención de la que los admiradores le dieron. Fue el esposo devoto de una sola mujer con quien tuvo, para no contrariar el hilo de la historia, otro varón.

Pasado algún tiempo después del parto, y sin que Micaela mostrara todavía algún signo de su futuro, se celebró una fiesta en honor de Evelina, la primogénita de don Ismael. Para la mayoría de las jovencitas de cierta edad, cumplir catorce años sin ser raptada, violada o forzada a una maternidad representaba todo un logro. No asombraba que las adolescentes de diez a doce años, indias y mestizas por igual, e incluso algunas españolas, tuvieran ya uno o dos hijos a su cuidado. El panorama para las mujeres era poco esperanzador. Llegar virgen a los catorce era una victoria.

La celebración tuvo como propósito, además de festejar la edad de Evelina, dar la bienvenida a la menor de las hermanas Fernández, Milena. Si un mes antes el cielo casi se venía abajo en la forma de un aguacero continuo, hoy no había una sola alma en el páramo que no contara entusiasmada los crisantemos de pólvora que iluminaban ese firmamento. El croar de los sapos y ranas o el ruido característico de las iguanas, e incluso el de algunas cigarras que insistían en llamar a la lluvia, fue silenciado por los fuegos artificiales. El cielo sobre Las alumbradas brillaba con tal fuerza que resultaba lógico comprender por qué le había sido dado aquel nombre.

Dispuestas como otro racimo, se encontraban al pie de las escaleras las hermanas Fernández, a excepción de Milena, la recién venida al mundo, y de Lena, a quien ni los festejos ni demasiada gente solían agradarle. Seguro de que estaba cabalgando o escondida en algún recoveco del páramo, don Ismael mandó por ella. Esta vez Lena no había buscado el aislamiento sino la observación. La presencia de Lena en lo alto de los cerros que resguardaban la bahía no correspondía a ninguna causa lógica: su visita, como muchos otros eventos que realizaba en los márgenes de la más intrínseca intimidad, transitaba en espacios lejanos a las leyes creadas por los hombres o, dicho de otro modo, a las reglas establecidas por su padre y secundadas por su madre y hermanas.

Plantada en lo alto del cerro en el que su deseo la había colocado, Lena observaba entusiasmada cómo los navíos entraban y salían del puerto primero como puntos y luego como verdaderas casas flotantes cuyo interior era un misterio. Se preguntaba qué traían consigo y qué se llevaban. Aunque ninguno de ellos era el Galeón de Manila, ni su ruta era medianamente cercana a la que alguna vez Urdaneta planeó, la visita de las siguientes embarcaciones imitaba el propósito del intercambio o, mejor aún, el sueño del viajero que traza rutas sobre la movable Tierra e intenta establecer en la nueva conquista su propia firma. Todavía y al paso de los años podía encontrarse en el puerto, en sus poblaciones circundantes e incluso lejos de él, objetos cuya ancestral composición delataba su origen asiático. Lena quedaba cautivada por las vasijas que eventualmente llegaban a sus manos gracias a la compra que su madre había hecho con algún comerciante.

Especial interés le merecían las prendas que ocasionalmente se sumaban a la compra junto con un abanico, las cuales analizaba con el apetito que solo una costurera podría tener. Así como las artes de la magia le habían resultado naturalmente fáciles de interpretar, la costura que también había aprendido gracias a las indias se encontraba en el mismo espacio. A diferencia de sus hermanas, solo Lena disfrutaba realmente el oficio de la aguja en la tela, trazando a su manera un camino invisible que une al deseo con el hecho. Por tanto, cuando Lena dedicaba horas y horas a la inspección de esas naves e

imaginaba lo que traían consigo, no solo lo hacía con el espíritu de una niña curiosa, sino como una aprendiz en el oficio, y fantaseaba con las telas que un día, además de llegar al puerto, lo harían hasta sus propias manos.

Aunque los damascos, tafetanes, rasos e incluso mantelería fina hacían soñar a Lena, era lo que aún no conocía lo que la impulsaba al viaje. En el corazón de Lena no eran los hilos de oro o plata que tenían algunas telas los que iluminaban su interior, sino las rutas invisibles que seguían hombres y mujeres en pos de lo desconocido. Su mirada inquieta replicaba la línea curva que trazaban los navíos cuando aparecían en el horizonte y llegaban hasta la orilla geográfica donde concluían el viaje, finalmente anclados. Los ojos de Lena imaginaban un continente remoto, un lugar al que solo podía ingresar a través del trance. Cuando se lo proponía, se imaginaba alguna de las rutas, aunque elegía permanecer anclada a lo conocido, a la tierra que la había visto nacer, al lugar donde estaba fincada, además de su vida, la de quienes amaba. Se contentaba con soñar las posibilidades de una travesía a bordo de aquellas casas flotantes y se veía a sí misma como un artefacto de fantástica composición de los que había admirado. La imagen no duraba lo suficiente, por mucho que un trayecto alimentara su curiosidad, su amor por la hacienda se imponía alejándola de la idea de abandonarla.

## Capítulo

### 2



Si bien la celebración no tenía como propósito específico que alguna de las hijas de don Ismael atrajera la atención de los ya de por sí interesados jóvenes, resultó inevitable que esto no sucediera. La belleza de las hijas de don Ismael y Micaela era notoria. Aunque caracterizada por rasgos quizá demasiado maduros para su edad, el atractivo de Evelina radicaba precisamente en la distribución agraciada de algunas arrugas prematuras en la frente, producto del sol que golpeaba a veces con demasiada fuerza su delgada y pálida piel. También Faustina destacaba, aunque no por su rostro, sino por un comportamiento mesurado que la hacía imitar algunos de los figurines que decoraban las revistas de moda que se distribuían en ciudades más prósperas. De las cuatro hermanas, la más afortunada en términos físicos era Laureana, cuyos rasgos parecían haber sido hechos a mano por encargo divino. Muchos años después, cuando Laureana alcanzó la plenitud de la primera juventud, se llegó a decir entre los indios que cuando esta sonreía y procuraba la alegría en la forma despampanante de una carcajada, los capullos más cercanos a ella se abrían como si fuesen llamados por un nuevo orden impuesto. Hubo quien juró que la tarde que Laureana tuvo su primera menstruación dos hermanos unidos por la sangre decidieron olvidar el vínculo filial que los unía y buscarse como solo los amantes pueden permitírselo.

Aunque no había tantos jóvenes en edad casadera, como por ejemplo los había en las grandes ciudades, la hacienda se llenó de suficientes convocados como para que ninguna joven soltera, Fer-

nández o no, quedara desamparada para bailar alguno de los valeses que esa noche irrigaron con su musicalidad la propiedad y sus alrededores.

Entre los convocados había varios jóvenes, cada uno atento a distintas cuestiones que podían tener que ver o no con socializar con las Fernández, pero hubo un joven en particular que fijó su interés en la mayor de ellas. Su nombre era Patricio Erasmo Nájera y bastó con que compartiera algunos pocos minutos con la madura y reflexiva Evelina para enamorarse de la adolescente. Distanciados del resto de invitados, ambos jóvenes prometieron volverse a ver y con ello llegar hasta las últimas consecuencias que solo podían merecer quienes han encontrado repentinamente el amor sin apenas buscarlo. Evelina había atrapado la atención de un súbito prospecto, pero en el caso de Laureana, con apenas nueve años, la fascinación se dio de otra manera, más bien con curiosidad cuando miró al joven amigo que había acompañado a Patricio y su padre. El adolescente, de unos trece años, se distinguía sobre los demás jóvenes de su edad en rasgos y modales. El carácter audaz de Laureana la hizo espiarlo en cada uno de sus movimientos. La elegancia con que el adolescente se desplazaba por los salones de la hacienda, así como el tono en su voz que usaba para referirse a tal o cual cosa resultaron lo suficientemente atractivos como para que una niña como Laureana se precipitara hacia un tiempo para el que todavía no estaba preparada ni física ni mentalmente.

La persecución que Laureana hizo al adolescente no duró demasiado cuando este, de nombre Lisandro, confrontó a la pequeña espía. Antes de que Laureana pudiera excusarse, la entrada violenta y accidentada de Lena a caballo atrajo por completo la atención del joven y de la mayoría de los invitados a quienes la figura de la adolescente Lena, empapada en sudor y con ropas que no iban de acuerdo con el orden de la noche, capturó la curiosidad general. Ante los ojos de Laureana acababa de ocurrir lo que siempre sucedía cuando Lena hacía acto de presencia. Para nadie que la conociera era ajeno el carácter indócil de Lena que se distinguía por encima del de sus

hermanas siempre apacible y normativo. Los actos de Lena, del tipo que fueran, contaban con la venia paterna que no parecía incomodarse ante lo absurdos o peligrosos que pudieran resultar. A su cortísima edad Lena había usurpado ya las funciones y desacatos que un adolescente de quince años hubiera hecho suyos, como beber pulque o apostar en juegos de azar.

Laureana supo que nada tenían ya que hacer ni sus grandes ojos ni la respingada nariz que tanto su madre como sus hermanas alababan hasta el cansancio, y menos aún el enorme vestido que con sus inacabables ruedos había demorado en su confección casi un mes. La presencia de Lena actuaba como esos temblores de costa que a veces azotaban a la hacienda y ponían la tierra, usualmente firme, blanda e imposible de transitar. Laureana, que como sus hermanas se había acostumbrado a dichos movimientos telúricos, raros pero contundentes, comparó desde esa noche la presencia de su hermana con ellos. Al igual que algunas columnas de piedra o tabique que había visto venirse abajo con las sacudidas, ciertas personas imitaban la descomposición de sí mismos cuando veían al temblor Lena entrar en acción. Laureana constató su hipótesis cuando Lisandro cambió las preguntas dirigidas originalmente a ella por otras que intentaban descifrar el temblor Lena que acababa de robarse la escasa atención que hubiese merecido el conjunto de su belleza. Vencida y sin posibilidades de apaciguar la sacudida que envolvía los pensamientos de Lisandro, Laureana dio al joven la información solicitada. El nombre de Lena permanecería en los labios de Lisandro a partir de aquel momento como recordatorio de su inesperado viaje a uno de los confines más olvidados por Dios y el gobierno.

## Capítulo

### 3



El noviazgo de Evelina y Patricio transcurrió con rapidez, con visitas de dos horas cada tres días y promesas que intentaban enmendar los días de ausencia. La eternidad se sentía posible para los jóvenes enamorados. Aunque en un principio ambas familias tomaron con sorpresa la noticia del compromiso, especialmente porque pertenecían a una clase social que podía permitirse esperar algunos años antes de casarse y disfrutar dos años de noviazgo en calma, los jóvenes parecían comprender como solo dos adultos podrían hacerlo la constitución ambigua y vulnerable del tiempo. Asumida aquella certeza, Evelina y Patricio practicaban con éxito un interés, respeto y devoción mutuos que convencieron por igual a las partes dudosas. Solo Lena persistió en su mal humor por lo que declaró debía tratarse del principio del fin. Para Lena resultaba incomprensible el deseo de su hermana no solo por el matrimonio, sino por las obligaciones y responsabilidades que este demandaba. Enojada, no tuvo reparos en aludir a la decisión de Evelina por casarse como el más egoísta acto del que tenía memoria. Evitó a su hermana los días siguientes a la visita de Patricio y a los padres del joven que arribaron a la hacienda para pedir la mano de Evelina. E incluso decidió enfermarse durmiendo en una cama empapada que, además de obligarla a guardar reposo, le provocó una serie de estornudos tan escandalosos que incomodaron a ambas familias durante la cena que formalizó el compromiso entre Patricio y Evelina. Ninguno de los otros planes con que Lena intentó chantajear a su hermana funcionaron.

Lena ignoraba que libraba una batalla perdida, pues Evelina, de entre todas sus hermanas, era quien más deseaba, además del matrimonio, repetir la suerte de su madre a quien veía como un ejemplo por encima de todos los personajes que admiraba, pertenecientes o no a su propia familia. A diferencia de Lena, Evelina deseaba ser madre, maestra, enfermera, cocinera y en general ejercer todas las habilidades en que había visto a su madre triunfar. Para Lena, aquellas profesiones súbitas no le merecían ni mucho asombro ni mucho respeto, por el contrario, hallaba en cada una de ellas un hartazgo anticipado, a menos que fuesen ejecutadas por gusto propio o por el pleno convencimiento de que necesitaban hacerse. El que Evelina encontrara en las posibilidades de aquella rutina un amor y entusiasmo espontáneo contradecía de entrada el gusto que siempre había mostrado para la vida hedonista en que había sido criada. No es que para Lena la vida estuviera reducida al espectro geográfico que conformaba Las alumbradas, sino al espacio sostenido por sus habitantes. El menor cambio supondría una cadena de acciones para las que consideraba que no estaba preparada. El matrimonio y una eventual mudanza, por las causas que fueran, eran circunstancias que amenazarían la calma de los hechos conocidos. Secretamente Lena deseaba que algo interrumpiera los planes de Evelina.

Una semana antes de la boda, Patricio fue asesinado por dos pistoleros a la salida de la joyería, la única en todo el puerto, a donde fue a recoger las sortijas para la ceremonia. La noticia del trágico suceso, que ocurrió poco después de la aurora, necesitó una hora más para llegar hasta Las alumbradas. Ni don Ismael ni Micaela imaginaron lo terriblemente mal que Evelina tomaría la noticia de la muerte de su prometido. En cuestión de minutos Evelina pasó del shock a un estado permanente de parálisis de la cintura para abajo que poco después ningún médico supo cómo tratar. Las indias que amaban a Evelina como a una de sus propias hijas acudieron una a una con los conocimientos que tenían e hicieron lo poco, mediano o mucho que sabían sin lograr mayores resultados que una sacudida momentánea en los pies. Los temblores, producidos por la ingesta exagerada de

un peyote molido con pimienta en polvo o a causa de la inhalación prolongada de hierba de San Juan mezclada con aceite de ricino, incluso motivados por la colocación de una mezcla que solo de verla provocaba arcadas, no duraban lo suficiente para creer que el remedio en turno resultara en la ansiada cura. Luego de agotar los remedios conocidos llegaron hasta Las alumbradas otras indias con curaciones igual de elaboradas pero sin más avance que los que ya habían testificado. Días después fueron las mestizas, mujeres con lo mejor de dos mundos, quienes se sumaron en la batalla por salvar la mitad del cuerpo de Evelina. Ni indias ni mestizas tuvieron éxito. Al pasar el tiempo se concluyó que lograr que Evelina mantuviera con movilidad la mitad del cuerpo era ya suficiente milagro para agradecer a Dios y con ello dejar en paz la otra mitad que no servía, al menos de momento.

**LAS HERMANAS FERNÁNDEZ TIENEN DISTINTOS ANHELOS,  
PERO VIVIRÁN Y SUFRIRÁN JUNTAS LAS HAZAÑAS  
Y DESVENTURAS QUE CONLEVA ENCONTRAR EL PROPIO  
CAMINO Y, SOBRE TODO, LA FELICIDAD.**



Guerrero, principios del siglo xx. Una tragedia cambiará para siempre el destino de la familia Fernández. Tras la muerte de la señora Micaela y la pequeña Milena, don Ismael tendrá que seguir adelante con sus cuatro hijas, quienes entran en la madurez de manera forzada. Evelina, Faustina, Laureana y Lena lucharán por encontrar su lugar en el mundo, lejos del calor y la seguridad de la hacienda Las alumbradas. Sin embargo, no será tan fácil para Lena, para quien estar lejos de la tierra que la vio crecer provocará una nostalgia profunda en su corazón. Lena se forjará un carácter aguerrido y rebelde, y desarrollará además un don que escapa a todo entendimiento racional... Habiendo bebido de la sabiduría ancestral de las indias con las que convivió de niña, es capaz de hacer y deshacer hechizos para evitarles el sufrimiento a las personas que ama. Pero si el propósito de su vida parece ser ayudar a los demás, en especial a sus hermanas, ¿dónde quedará su propia dicha?

***Las alumbradas* es una novela sobre cuatro hermanas rodeadas de eventos extraordinarios que, a pesar de las adversidades, lucharán incansablemente por encontrar el amor.**

FIC061000FICCIÓN / REALISMO  
MÁGICO

ISBN 978-607-383-044-7



9 786073 830447 >

**Grijalbo**

[penguinlibros.com](http://penguinlibros.com)

[f](#) [t](#) [@](#) [v](#) [penguinlibrosmx](#)



DISPONIBLE EN  
EBOOK Y AUDIOLIBRO